**Epifanía del Señor
(en México)**

2 de enero de 2022
Is 6, 1-6
Sal 71
Ef 3, 2-3.5-6
Mt 2, 1-12
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Mateo se refiere con «magos», a astrólogos orientales, que mezclaban su ciencia astronómica con la predicción del destino, anunciado, según ellos, en los astros. Llegan a Jerusalén, pero no preguntan por un personaje religioso, sino por «*el rey de los judíos*», para rendirle homenaje: rey universal.

Sin embargo, el texto nos presenta el centro no en Jerusalén, sino en Belén: una aldea a 9km de la gran capital. Una luz como un sol ilumina a estos astrólogos de otras tierras, conocedores de una profecía antigua de Israel[[1]](#footnote-1) que habla de una estrella y del nacimiento del rey de los judíos relacionado con la aparición de ese astro; esa luz es para ellos un camino a seguir que no están dispuestos a dejar ni por un segundo. El astro los guía por Jerusalén y ellos creen que, naturalmente, allí les indica la estrella el final del camino. Es lógico: profecía, astro, Jerusalén…¡hemos llegado!. *¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?; pues hemos visto su estrella y venimos a adorarlo*

A nosotros también nos pasa lo mismo que a los magos. Creemos que Dios debe estar en lo espectacular, en lo grande, en lo aparente, en Jerusalén ¿qué otra ciudad más grande? Es algo como innato, pues es nuestra tendencia. Esta tendencia herida nuestra es como nuestra falsa estrella y nos lleva a dar por sentado que como Dios es grande (y es verdad), lo grande debe ser el medio que Él utiliza para manifestarse; que como Dios es omnipotente (y es cierto), el poder es lo que Él ejerce y desde donde Él actúa: pues nuestra estrella particular nos dirige a esa obsesiva tendencia nuestra al control, sintiéndonos perdidos fuera de él: por eso buscan a Herodes. Creemos que como Dios es rico (y es verdad) las riquezas son el ambiente en donde Él está sumergido: y es que nuestra estrella alimenta en nosotros la obsesión por necesitar, por poseer cosas y cuantas más mejor. Esa falsa estrella nuestra nos orienta hacia esas actitudes y otras muchas más, moviéndonos así por la vida; es como si estuviéramos diciendo: “ *a ver....dónde está este rey que acaba de nacer?, porque yo le adoro*. Pero en realidad no le adoramos a Él: adoramos el control, lo espectacular, el tener..., porque estamos heridos.

En esta etapa de búsqueda, los Magos son símbolo de todos nosotros, hombre y mujer de todos los tiempos. Los magos representan, pues, a la humanidad inquieta y deseosa de salvación, a los hombres y mujeres capaces de reconocer la intervención de Dios en la historia y dispuestos a todo para encontrarse con ella. Buscamos a Dios, es verdad, seguimos la estrella, pero todavía no somos capaces de deshacernos de esa falsa identidad nuestra que no responde a lo que realmente somos, a lo que realmente buscamos y necesitamos. Y buscamos, como ellos, en los lugares equivocados que esa nuestra falsa identidad, esa falsa estrella que seguimos, nos sugiere.

Herodes se ve en peligro, entra en pánico: ¿Un auténtico rey de los judíos avalado por una profecía? ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué va a pensar Roma que no quiere ninguna complicación? Busca, antes que nada, seguridad, poder y control y para controlar la situación se hace asesorar por los sabios de las escrituras de Jerusalén: los escribas y sacerdotes. Ellos le confirman que, efectivamente, el Mesías esperado será Rey y que ese Rey será descendiente de David y que, por tanto, ha de nacer en Belén, según la profecía de Miqueas combinada con la de Samuel[[2]](#footnote-2). Agitación de Herodes, siempre sospechoso de posibles pretendientes al trono, y de la ciudad entera, al unísono con el tirano que la domina. Ante la noticia, Jerusalén tiene la misma reacción que el rey, no ve en el que ha nacido un posible liberador. De hecho, el pueblo no hará esfuerzo alguno por encontrarlo.

El astuto Herodes engendra un plan para deshacerse de ese estorbo. Envía a los astrólogos a Belén como avanzadilla; después, con la confirmación de ellos, ira él, pero esta vez para matarlo. Plan perfecto.

Ese Herodes también es símbolo de nuestro falso yo. Si hay una característica fundamental de esa falsa identidad nuestra es que no quiere ser eliminada. Está bien instalada en nuestro inconsciente; allí se metió desde nuestra más tierna infancia; allí se acomodó usurpando el puesto de nuestro verdadero yo: el que es imagen de Dios. Allí se alimentó y desarrolló durante nuestra adolescencia y juventud. Allí está bien asentada y no consentirá que venga ningún profeta ni ningún mago oriental a despertar ese verdadero yo. Él es el que controla nuestra existencia sometiéndonos a sus deseos egoístas.

Herodes es figura del poder político, celoso de su hegemonía y temeroso de que alguien se la arrebate: es símbolos de nuestro falso yo curvado sobre sí mismo. Es mentiroso, hipócrita y asesino. El pueblo aparece sometido e identificado con el tirano. Los jerarcas y los intelectuales judíos son los que saben; conocen las promesas, pero no participan de la expectación. Instalados en su posición de privilegio, no desean ni esperan el cambio. Los hechos no suscitan su interés. Contrastan con José, figura del resto de Israel fiel a Dios[[3]](#footnote-3).

Nuestro deseo honesto de encontrar a Dios nos guía a otro lugar, pues Dios hace que la auténtica estrella vuelva a aparecer en nuestra vida iluminándola de nuevo, por eso es que al « *Ver la estrella les dio muchísima alegría».* Porque la estrella, en l etexto, es figura de la persona misma del rey nacido y los está guiando al lugar donde este se encuentra. En Jerusalén, donde ni el pueblo ni los dirigentes esperan al liberador, no es visible. Vuelve a aparecer a los magos cuando se alejan de la capital.

En ese se lugar que esmucho más pequeño y nada espectacular; Dios se nos muestra en todo su poder, en toda su riqueza y grandeza en la fragilidad, en la pobreza y en la pequeñez. Esa es la manifestación genuina de Dios, esta es su Epifanía. Ahí es donde la estrella se ha posado definitivamente.

Quien recibe la inconmensurable gracia de encostrarse con esta manifestación de Dios lo reconocerá al momento y no podrá hacer otra cosa que adorar, como los magos. Y lo reconocerá al momento porque se encontrará con su propia Imagen; ahí está nuestro verdadero yo. Dios quiso que fueras su imagen al crearte y te has topado de bruces con ella, por pura misericordia. No te quedará otra (porque lo desearás con toda el alma) que abrir el primer cofre de tu corazón y entregar todo lo que posees. Entregarás tu riqueza, tu oro, tu seguridad. Le cederás a Él el control de tu vida. Abrirás el segundo cofre y le entregarás tu deseo, es decir, tu incienso, tus ansias de paz, tu oración. En él encontrarás tu descanso y sosiego. Comprenderás cómo a partir de ese momento todo adquiere sentido en tu vida. Tus deseos de amar y de ser amado encuentran su punto de partida y final en Él. Tu existencia se explica desde ahí y las cuentas comienzan a salirte. Todo encaja, todo tiene significado. Y por eso abres el último cofre: el de la mirra, símbolo de la entrega hasta la muerte. Nada ni nadie te podrá separar del amor de Dios. En la entrega descubres que tienes tu realización plena y comenzarás a saborear el camino de la cruz, es decir, el de la pérdida, el único que conoce Jesús.

Esas son las «avanzadillas» de mensajes que se desarrollarán a lo largo y ancho de todo el Evangelio de Mateo.

Mateo contrapone el rey Herodes al rey de los judíos que ha nacido, el poder y la tiranía del primero a la debilidad del segundo (niño). «*El rey de los judíos*» será el título en la cruz de Jesús[[4]](#footnote-4), expresión máxima de su debilidad[[5]](#footnote-5).

La experiencia con la manifestación de Dios hace que no podamos volver por el mismo camino, por ese camino que nuestro Herodes soberbio espera para interceptarnos. Nuestra vida ha cambiado y no es posible seguir por los mismos derroteros. Si volvemos por el mismo camino es que no nos hemos encontrado con Él.

Esta es la manifestación de Dios en tu vida. Esta es la gracia original que debe acompañar a cualquier seguimiento de Jesús. Si no la hemos tenido debemos buscarla y pedirla con honestidad y humildad; debemos seguir la auténtica estrella.

1. «*Lo veo, aunque no para ahora, lo diviso, pero no de cerca: de Jacob avanza una estrella, un cetro surge de Israel*»(Num 24, 17) [↑](#footnote-ref-1)
2. «*Mas tú, Belén Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti me ha de salir aquel que ha de dominar en Israel, y cuyos orígenes son de antigüedad, desde los días de antaño. Por eso él los abandonará hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz*» (Miq 5,2). «*Tú apacentarás a mi pueblo Israel, tú serás el caudillo de Israel*». (2Sam 5,2) [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. Juan Mareos y Juan Barreto, *El Evangelio de Mateo Lectura comentada.* Ed. Cristiandad. Madrid, 1981*.* [↑](#footnote-ref-3)
4. Cfr 27,37 [↑](#footnote-ref-4)
5. Cfr. Juan Mareos y Juan Barreto, *op.cit.* [↑](#footnote-ref-5)